

TONY WOOD

## EL COLAPSO COMO CRISOL

### *El reforjado de la sociedad rusa*

El invierno de 2011-2012 produjo en Rusia una paradójica combinación de lo inevitable y lo inesperado<sup>1</sup>. El regreso de Vladímir Putin a la presidencia nunca se puso en duda; su aplastante margen de victoria en las elecciones de marzo de 2012 –oficialmente alcanzó el 64 por 100, casi 50 puntos por encima de Guennadi Ziugánov, el candidato del Partido Comunista que quedó en segundo lugar– le proporcionó un tercer mandato en el Kremlin sin necesidad de una nueva ronda de votaciones. Sin embargo, en los meses anteriores a esta coronación democrática se produjeron una serie de manifestaciones de una envergadura que no se veía por estas tierras desde los últimos días de la *perestroika*. Decenas de miles de personas tomaron las calles en docenas de ciudades, desde Vladivostok hasta Kaliningrado –la mayor concentración, el 24 de diciembre, reunió a más de cien mil personas en la Avenida Sajarov de Moscú– para protestar en primer lugar contra los fraudulentos resultados de las elecciones parlamentarias de diciembre de 2011, y después contra la inminente reinstalación de Putin como presidente. Por lo tanto, parecía que por un lado se confirmaba el control sin obstáculos del sistema político por parte de la elite gobernante, mientras que por el otro aparecían señales de un creciente rechazo de ese sistema por una parte importante de la población.

La reciente oleada de protestas se ha considerado, tanto en Rusia como en Occidente, como la evidencia de una toma de conciencia de la «sociedad civil rusa», despertada de su largo sueño postsoviético por la corrupción de Putin y sus socios y su descarado desprecio por la voluntad popular. Las movilizaciones desplegaron una llamativa amplitud ideológica que cubría todo el espectro: desde chovinistas ortodoxos hasta neoliberales, desde socialistas a militantes ecologistas, desde combatientes anticorrupción a anarquistas, y la asistencia también abarcó varias generaciones, desde pensionistas a quinceañeros. Pero, como señaló la prensa occidental con aprobación, el componente más ruidoso y visible de las manifestaciones opositoras fue

---

<sup>1</sup> Una redacción anterior de este artículo fue presentada en el Centro de Estudios Bálticos y de Europa del Este de la Södertörn University, Estocolmo, el 3 de octubre de 2011. Mi agradecimiento a Sven Hort y Mark Bassin por organizarlo, a Zhanna Kravchenko por su receptiva respuesta, y a los demás participantes por sus valiosos comentarios.

una «sofisticada clase media urbana», con hábitos y expectativas de consumo no diferentes a las de sus homólogos occidentales. Durante los años del crecimiento económico propulsado por el petróleo, a partir de 2000, esta capa, al parecer, «había crecido de tamaño y se había vuelto suficientemente próspera como para reivindicar su anhelo de más rendición de cuentas y menos corrupción». A pesar de su fracaso para impedir que Putin cosechara una mayoría de los votos, la llegada de este aparentemente nuevo actor al escenario político de Rusia marcaba el comienzo de un periodo de incertidumbre; de hecho, en algunos círculos su seguridad en sí misma se interpretaba como presagio del «principio del fin de la era Putin»<sup>2</sup>.

Semejantes augurios descansan, desde luego, en una historia *whig* renovada para los tiempos neoliberales en la que el avance de los modelos de consumo occidentales y el aumento del PIB per cápita son las medidas del progreso hacia la norma liberal-democrática; si hiciera falta, se pueden encontrar nuevas pruebas en los aumentos de propietarios de vehículos, de la utilización de Internet, de los viajes al extranjero, o quizá en la cantidad de almacenes de Ikea en un país determinado<sup>3</sup>. Los burdos criterios de este tipo se han convertido en ingrediente básico de la corriente dominante de la prensa occidental, especialmente cuando se analizan Estados fuera del núcleo capitalista avanzado. Con respecto a Rusia, como para todas partes, revelan una generalizada ausencia de conocimiento sobre la sociedad en cuestión: ¿cómo está realmente estructurada en términos de clase, cuál es el equilibrio de fuerzas entre sus componentes, cómo se articulan y potencian los intereses de clase tanto en el terreno material como en el ideológico? El historiador social Moshe Lewin describió acertadamente a la URSS de las décadas de 1920 y 1930 como una «sociedad de arenas movedizas»; habida cuenta de la ignorancia sobre lo que se encuentra por debajo de la inamovible superficie política del país, la Rusia contemporánea puede ser descrita como la «sociedad iceberg».

Realmente, el paisaje social de la Rusia postsoviética resulta de muchas maneras más opaco a los extranjeros que el de la URSS en su momento. En Occidente, esto se debe en parte a un cambio general de los modelos de investigación después de la Guerra Fría; la enorme necesidad de conocimientos sobre el sistema opositor que habían generado, parecían no ser necesarios a partir de 1991. También tuvieron un papel los cambios más amplios en la propia disciplina de la sociología, que se alejó de sintéticos esquemas generales de una sociedad para centrarse en cuestiones de identidad étnica, religiosa, o subcultural, por ejemplo, o mostrándose a

---

<sup>2</sup> Luke Harding, «Putin has six more years to draw level with Brezhnev», *Guardian*, 4 de marzo de 2012; Cliff Kupchan, «Putin's New Constraints», *New York Times*, 13 de marzo de 2012; Gideon Rachman, «The ice is cracking under Putin», *FT*, 6 de febrero de 2012; «The reawakening of Russian politics», *FT*, 4 de marzo de marzo de 2012; «The beginning of the end of Putin», *Economist*, 3 de marzo de 2012.

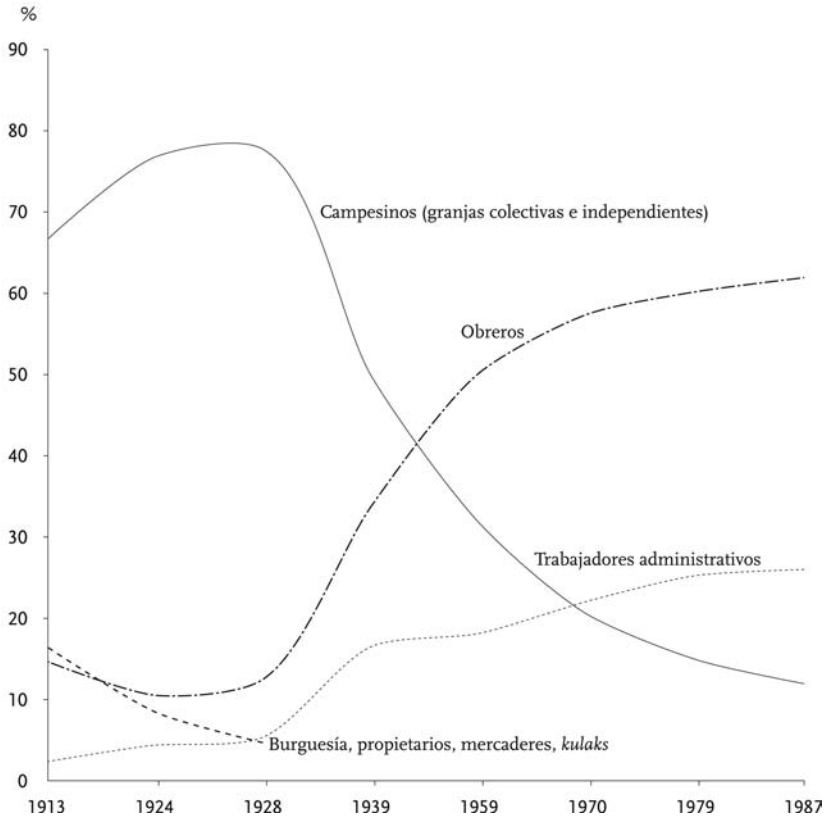
<sup>3</sup> Véanse los gráficos que acompañan a «Putin's Russia: Call back yesterday», *Economist*, 3 de marzo de 2012.

favor de unas investigaciones antropológicas más detalladas de la experiencia diaria. Un tercer factor se aplica a gran parte del mundo: el debilitamiento de formas anteriores de identificación de clase ha venido acompañado de una percepción creciente de que la propia sociedad no puede ser entendida por las categorías del análisis de clase. Además, el carácter convulsivo de los acontecimientos en la propia Rusia a partir de 1991 hizo difícil que los analistas comprendieran plenamente los efectos de la agitación sobre la sociedad en conjunto.

Lo que viene a continuación es un primer intento por trazar el mapa de la cambiante forma de la sociedad rusa en las dos últimas décadas para entender su estado actual y sus probables trayectorias futuras. Uno de los enigmas fundamentales que este ensayo intenta explicar es por qué una sociedad que ha sufrido una serie de inversiones tan espectaculares ha permanecido, no obstante, relativamente estable. Argumentaremos que, aunque la caída de la URSS trajo profundas dislocaciones, muchos aspectos de las anteriores estructuras sociales del país siguen en su lugar, provocando una forma de «desarrollo desigual» en el que coexisten dos órdenes sociales. Además, al contrario de la sabiduría convencional de la «transitología» liberal, que culpa a los legados soviéticos de las deformidades del actual capitalismo ruso, es precisamente la persistencia de lo viejo lo que ha asegurado la estabilidad de lo nuevo. Sin embargo, para tener un panorama claro de las transformaciones que ha sufrido el país desde 1991 necesitamos empezar reseñando las líneas principales de su desarrollo en la era soviética.

## I. TRANSFORMACIONES SOVIÉTICAS

Tres procesos interrelacionados dominaron el siglo xx en lo que llegó a ser la Unión Soviética: la urbanización, el cambio de una base agraria a otra industrial, y la instalación en todo el sistema de relaciones económicas no capitalistas. Estos procesos se desarrollaron muy rápidamente, produciendo la creación de nuevos grupos sociales, la destrucción de los viejos y la expansión o metamorfosis de las categorías existentes. Examinando un periodo de setenta años –véase el Gráfico 1– podemos ver a grandes rasgos cuáles fueron los principales resultados sociales en la URSS de acuerdo con la visión oficial (de la que hablaremos más adelante). En primer lugar, lo más llamativo es la larga y constante reducción del campesinado, durante siglos el inamovible fundamento del orden social zarista. En el periodo soviético el mundo campesino fue desmantelado no sólo por la urbanización y la industrialización, sino también por la mano dura de la represión con el programa de colectivización de 1929-1932. A pesar del regreso de algunas parcelas privadas a partir de entonces, a mediados del siglo lo que quedaba del campesinado había sido transformado en un proletariado rural. Sin duda, junto a estas presiones, vino un sistema de incentivos positivos: educación, más derechos para la mujer, mejora de la vivienda, condiciones sanitarias, atención médica, etc. Pero el principal

Gráfico 1. *Composición social del Imperio ruso/URSS*

impacto del orden soviético sobre el campesinado fue destruir, para bien y para mal, las tradiciones y el mundo de la vida de esta clase rural; un resultado en marcado contraste con, por ejemplo, la suerte de las masas campesinas chinas<sup>4</sup>.

En segundo lugar está la desaparición, evidentemente más rápida, de la clase propietaria a partir de 1917. La elite aristocrática y terrateniente fue borrada del paisaje social por la Revolución y la Guerra Civil; a partir de entonces, aparte de un estallido de empresarialismo bajo la Nueva Política Económica en la década de 1920, no hubo nada que se pudiera designar como una clase burguesa o incluso mercantil. En tercer lugar, el ascenso de la categoría de «obrero». Aunque la Revolución de Octubre se había desarrollado en nombre del proletariado, en 1917 los trabajadores industriales formaban una proporción relativamente pequeña de la población, que se redujo todavía más durante la devastadora Guerra Civil que vino a continuación. Sin embar-

<sup>4</sup> La ruptura de los recién urbanizados rusos con la vivida historia de rebelión campesina puede ser una explicación a largo plazo de la relativa estabilidad del país en las últimas décadas; por el contrario, el aumento contemporáneo del descontento en áreas rurales de la República Popular China recurre a profundas tradiciones de rebelión.

go, el lanzamiento en 1928 de la industrialización a marchas forzadas trajo un cambio espectacular: entre 1928 y 1937, los trabajadores industriales pasaron a ser más del doble, de 3,8 a 10,1 millones; a partir de entonces su número continuó aumentando hasta el punto de que dominaron demográficamente en la URSS<sup>5</sup>. Esto no fue simplemente un proceso de crecimiento cuantitativo; también fue una transformación cualitativa: el Partido fomentó activamente la «creación» de una clase obrera industrial, por la manera en que organizó e incorporó el trabajo a la vida y cultura cotidianas, al terreno del lenguaje y la iconografía<sup>6</sup>. Por último, también podemos ver la aparición de una capa de trabajadores de cuello blanco, cuyo término oficial es *sluzhbashchie*, que esencialmente designaba a personal administrativo. Esta categoría también creció rápidamente con la llegada de la economía completamente planificada, y acabó suponiendo más de una cuarta parte de la población.

Además de una industrialización vertiginosa y de una colectivización de la agricultura, esta población iba a padecer toda la fuerza de la Wehrmacht. La guerra, el hambre y, en menor grado, la represión política produjeron una catastrófica pérdida de población que tuvo consecuencias demográficas a largo plazo. Entre 25 y 30 millones de ciudadanos soviéticos murieron en la Segunda Guerra Mundial, incluyendo el 40 por 100 de los hombres entre veinte y cuarenta y nueve años y un 15 por 100 de mujeres del mismo grupo de edad. La caída del índice de natalidad que vino a continuación tuvo su «eco demográfico» a finales de los años sesenta, en la medida que los niños perdidos de los años de la guerra no podían hacer su contribución reproductiva como adultos<sup>7</sup>. El eco aparecería de nuevo en los años noventa, esta vez reforzado por las penurias del periodo postsoviético, que también asistiría a marcadas caídas de las expectativas de vida. La guadaña que segó a la población a mediados del siglo fue probablemente proporcional entre todas las clases, aunque cayó desproporcionadamente sobre el oeste del país; pero tiene que tomarse en cuenta como un factor social concomitante en el análisis que sigue.

### *Diferenciaciones sociales*

La línea del Partido era que con el triunfo de la Revolución, y la construcción del socialismo, el antagonismo de clase como tal había desaparecido. En la conocida frase que Stalin empleó en 1936, la sociedad soviética estaba formada por «dos clases amistosas y una capa»: obreros, campesinos y la

---

<sup>5</sup> Cifras de David Lane, *The End of Social Inequality?*, Londres, 1982, p. 14.

<sup>6</sup> Hay una amplia literatura sobre este tema; véase por ejemplo, Lewis Siegelbaum y Ronald Suny (eds.), *Making Workers Soviet*, Ithaca, NY, 1994; Stephen Kotkin, *Magnetic Mountain*, Berkeley, 1995; Sheila Fitzpatrick, *Everyday Stalinism*, Oxford, 1999; y Victoria Bonnell, *Iconography of Power: Soviet Political Posters under Lenin and Stalin*, Berkeley, 1997, capítulo 1.

<sup>7</sup> Para unas estimaciones estadísticas completas véase Anatolii Vishnevskii *et al.*, *Demografičeskaja modernizatsiia Rossii, 1900-2000*, Moscú, 2006, capítulos 19 y 21. El «eco demográfico» de la guerra se analiza en las páginas 490-491.

intelectualidad respectivamente. Sin embargo, estas no constituían grupos cohesionados a los que se les pudiera aplicar semejantes etiquetas. Dentro de las generales características comunes en su relación con los medios de producción, los ciudadanos soviéticos estaban diferenciados de acuerdo con un cierto número de criterios: ingresos, nivel profesional, educación, sexo, etnicidad, sector económico, acceso al poder político, posición dentro de la informal «economía de favores» que se conocía como *blat*. La existencia de estos grados, y la insuficiencia de la fórmula oficial de «2 + 1» para describirlas, alentaron a los sociólogos soviéticos a volverse cada vez más hacia enfoques basados en la estratificación, como los de la década de 1960<sup>8</sup>. Esta preferencia metodológica moduló enormemente los datos empíricos que fueron recogidos a finales de la era soviética, y todavía es visible en la actualidad. Por ello puede tener valor heurístico adoptar los esquemas clasificatorios utilizados en la URSS y en la Rusia postsoviética, para rastrear el desarrollo de estas categorías en el tiempo; con la condición de que esto no constituya un respaldo a sus fundamentos teóricos.

La diferenciación social se desplegó muy desigualmente no sólo entre los distintos segmentos de la población, sino también dentro de ellos. Un factor más en la subdivisión de la población, más allá de los enumerados anteriormente, fue la organización celular de la sociedad soviética. Porque, como ha señalado Simon Clarke, su «unidad primaria» era la empresa, que no sólo incorporaba a los trabajadores a la fuerza de trabajo sino que también era el origen de la vivienda, asistencia social, médica, educación y otros beneficios<sup>9</sup>. Dentro de cada empresa había sus grados, desde luego; también había una gran cantidad de variaciones entre empresas, tanto de acuerdo con el sector económico como por regiones. Los efectos combinados de la organización celular y de otras distinciones sociales generaron modelos que son difíciles de resumir; aquí examinaremos el cuadro general tomando las formas principales de diferenciación señaladas anteriormente, pero manteniendo presente en todo momento el alcance de las particularidades que acechaban bajo él.

Después de la Revolución, hubo un periodo inicial de nivelación social: grandes fincas fueron redistribuidas entre el campesinado, la vivienda en las ciudades fue redistribuida según criterios de clase, etc. Los ingresos también se igualaron mientras el personal técnico y administrativo del viejo régimen veía reducidos sus salarios y sufría un proceso de *déclassement*. Pero estas tendencias fueron posteriormente invertidas: el periodo de la NEP trajo un cierto grado de desigualdad en los ingresos y en la riqueza, y en la década de 1930 la diferenciación salarial se convirtió en una cuestión de política, en medio de las campañas oficiales contra la *uravnilovka* —«siembra de igualdad»—, que se consideraba una desviación izquierdista. Los obreros recibieron incentivos materiales para estimular la productividad; a mediados

<sup>8</sup> Véase el análisis en Ovsei Shkaratan (ed.), *Sotsialno-ekonomicheskoe neravenstvo i ego vosproizvodstvo v sovremennoi Rossii*, Moscú, 2009, pp. 75-83.

<sup>9</sup> Simon Clarke, «Privatization and the Development of Capitalism in Russia», *NLR* 1/196 (noviembre-diciembre de 1992).

Tabla 1. *Datos socio-ocupacionales de empresas de construcción de maquinaria de Leningrado*

	Salarios mensuales (rublos)	Años de educación	Miembros del Partido (%)
Personal directivo	173	14	61
Personal con un nivel científico y técnico elevado	127	14	40
Personal con trabajo intelectual cualificado	110	13	43
Trabajadores muy cualificados	129	9	38
<i>Trabajadores manuales cualificados</i>	<i>120</i>	<i>8</i>	<i>38</i>
Trabajadores cualificados en maquinaria	108	8	40
<i>Personal de nivel medio no manual</i>	<i>84</i>	<i>9</i>	<i>27</i>
Trabajadores manuales no cualificados	98	7	14

Fuente: M. Yanowitch, *Social and Economic Inequality in the Soviet Union*, p. 34, Tabla 2.4.

de la década de 1950, los ingresos medios del decil superior de asalariados eran más de ocho veces superiores que los del decil inferior. Bajo Jrushchov, las diferencias salariales se estrecharon de nuevo; la proporción salarial entre los deciles extremos cayó al 5,1 en 1968, y al 4,1 en 1975<sup>10</sup>. Los salarios variaban significativamente según el sector. Así, los mineros del carbón ganaban más del doble que los obreros del sector textil y, significativamente, más que el personal técnico de ingeniería en un amplio abanico de sectores<sup>11</sup>. La Tabla 1 muestra datos de empresas de fabricación de maquinaria en Leningrado en 1965 que muestran un típico abanico de salarios para diferentes grupos socio-ocupacionales.

Estos datos también nos permiten ver otras características importantes de la estructura social soviética, especialmente respecto a nivel de cualificación y a la educación. Aunque muchos estudiosos sintieron que el bloque soviético y Occidente estaban convergiendo en el mismo paradigma común de todas las sociedades industriales<sup>12</sup>, había diferencias importantes. En primer lugar, en el ordenamiento del estrato ocupacional: en la URSS, el estatus y los ingresos de los trabajadores manuales cualificados era en muchos casos mayores que el de los trabajadores no manuales sin cualifi-

<sup>10</sup> Las cifras son de Murray Yanowitch, *Social and Economic Inequality in the Soviet Union*, White Plains, NY, 1977, pp. 24-25, Tabla 2.1.

<sup>11</sup> En 1969, el salario mensual medio de un minero del carbón era de 210 rublos, frente a los 105 de un trabajador textil; el personal de ingenieros en el sector del carbón ganaba 281 rublos mensuales, pero los que estaban en el sector de fabricación de maquinaria ganaban 165 y los de la industria ligera 148 rublos mensuales. Los datos son de M. Yanowitch, *Social and Economic Inequality in the Soviet Union*, cit., p. 32, Tabla 2.3.

<sup>12</sup> Alex Inkeles y Peter Rossi, por ejemplo, afirmaron que había una «jerarquía de prestigio relativamente invariable asociada con el sistema industrial»; véase «National Comparisons of Occupational Prestige», *American Journal of Sociology* LXI (enero de 1956), pp. 329-339.

car. Así, como se puede ver en la Tabla 1, las posiciones de trabajadores manuales cualificados y de trabajadores no manuales sin cualificar (ambas en cursiva) están invertidas respecto a sus posiciones habituales en Occidente. Esto tendrá importantes consecuencias más adelante.

Una segunda característica es el peso de los diferentes estratos dentro de la población, y en particular de los trabajadores no cualificados. Históricamente, estos habían sido dominantes dentro de la fuerza de trabajo, representando hasta el 65 por 100 de ella en 1940; Moshe Lewin utilizó el neologismo *rabsila* (de *rabochaia sila*, «fuerza de trabajo») para designar a estos trabajadores, muchos de ellos surgidos recientemente de las filas del campesinado. Ellos eran trabajo «barato e informe», «una burda fuerza laboral, más que una clase obrera», que podía ser arrojada *en masse* desde algún gigantesco proyecto industrial o de infraestructura a otro; el tambaleante demiurgo colectivo del Gran Avance<sup>13</sup>. Los procesos de urbanización y extensión de la educación redujeron el componente no cualificado en la era de la posguerra, pero incluso en la década de 1980, Lewin estimó que la fuerza de trabajo no cualificada representaba el 35 por 100 de la población. La mayor parte de esta última *rabsila* soviética vino de las regiones meridionales, de Asia Central y del Cáucaso, zonas donde los mundos rurales se habían fracturado pero todavía no habían dado paso al urbanismo industrial; Georgi Derluguian, adoptando la terminología que Pierre Bourdieu desarrolló respecto a Argelia, ha designado este grupo «embrionario, residual» un «subproletariado»<sup>14</sup>. A finales de la era soviética, esta población tomó parte en emigraciones masivas y regulares conocidas como *shabashka*; después de la caída de la URSS, muchas de estas gentes repentinamente dejaron de ser emigrantes internos y se convirtieron en «extranjeros» a los que se empezó a aplicar el término *Gastarbeiter*.

Mirando a la segunda columna de cifras de la Tabla 1, podemos ver que los trabajadores muy cualificados ganaban más que los especialistas técnicos, a pesar de tener menos educación. Esta es una tercera característica distintiva de la URSS: ni el nivel de cualificación ni la educación tenían un efecto determinante sobre los ingresos o la posición en el estatus jerárquico. Esto se ve claramente en los datos superiores de la Tabla 2: las proporciones de varones soviéticos en los diferentes niveles salariales, aunque ciertamente no iguales, no obstante no eran espectacularmente desiguales entre la mayoría de los diferentes niveles educativos. Sin embargo, como muestran los del panel inferior, lo mismo era categóricamente falso para las mujeres. Las mujeres soviéticas estaban claramente agrupadas hacia el extremo inferior de la jerarquía salarial, en todos los niveles de educación con la excepción parcial de aquellas con mayores cualificaciones. El grado de la participación de la mujer en la fuerza de trabajo era una característica muy llamativa de la sociedad soviética: el 84 por 100 en 1989, una de las más altas del mundo, mucho mayor que, por ejemplo, el Reino Unido

<sup>13</sup> Moshe Lewin, *Russia/USSR/Russia: The Drive and Drift of a Superstate*, Nueva York, 1995, p. 139.

<sup>14</sup> Georgi Derluguian, *Bourdieu's Secret Admirer in the Caucasus*, Chicago, 2005, pp. 136, 150-154.



Tabla 2. *Distribución (en porcentaje) de trabajadores y empleados por nivel salarial, 1989*

A. Varones					
<i>Nivel salarial en rublos</i>	<i>Superior</i>	<i>Secundaria especializado</i>	<i>Secundaria</i>	<i>Secundaria incompleta</i>	<i>Primaria</i>
Menos de 100	1	5	7	7	11
101 a 160	12	19	20	20	24
161a 200	19	21	19	20	21
201 a 250	22	20	19	19	18
251 a 350	28	22	21	21	17
Por encima de 351	17	14	13	12	8
B. Mujeres					
<i>Nivel salarial en rublos</i>	<i>Superior</i>	<i>Secundaria especializado</i>	<i>Secundaria</i>	<i>Secundaria incompleta</i>	<i>Primaria</i>
Menos de 100	4	15	23	24	34
101 a 160	28	43	38	34	33
161a 200	26	20	17	17	14
201 a 250	20	12	12	13	9
251 a 350	17	8	9	10	7
Por encima de 351	6	3	3	3	2

Fuente: B. Silverman y M. Yanowitch, *New Rich, New Poor, New Russia*, p. 63, Tabla 4.3, con datos del Goskomstat SSSR de 1989.

(43 por 100) o Alemania Occidental (35 por 100); y esto no está incluyendo a otro 7 por 100 en la educación a tiempo completo. En la década de 1970, las mujeres superaban a los hombres en la fuerza de trabajo, el 52 contra el 48 por 100<sup>15</sup>. Esto destaca todavía más cuando se tiene en cuenta que las mujeres soviéticas todavía tenían que llevar el peso principal del trabajo del hogar y de la crianza de los hijos. Las mujeres también tendían a estar agrupadas en ocupaciones o sectores concretos. En cuanto a la década de 1950, ellas formaban la mayoría de los trabajadores en un cierto número de puestos de cuello blanco; de acuerdo con el censo de 1970, las mujeres constituían el 75 por 100 de los maestros, doctores y dentistas, el 95 por 100 de los bibliotecarios, el 63 por 100 del personal en la administración económica y del gobierno. Lo que Gail Lapidus describió como una «polarización» entre «sectores dominados por los hombres y sectores dominados por las mujeres» sentó las bases sobre las que se levantaron las nuevas desigualdades del panorama de género en la Rusia postsoviética<sup>16</sup>.

<sup>15</sup> Las cifras son de Bertram Silverman y Murray Yanowitch, *New Rich, New Poor, New Russia*, Armonk, Nueva York, 1997, p. 57; D. Lane, *The End of Social Inequality?*, cit., p. 76.

<sup>16</sup> Gail Lapidus, *Women in Soviet Society*, Berkeley, 1978, pp. 171-175.

## ¿Nueva clase o categoría?

Regresando a la Tabla 1 una vez más, podemos ver una variable que está correlacionada con el lugar en el estatus y en la jerarquía de ingresos: la pertenencia al Partido. La elite del Estado-Partido no figuraba en la fórmula de «dos clases más una capa» de Stalin; sin embargo, para algunos críticos del sistema soviético, la *nomenklatura* constituía una clase en sí misma, como en el título del libro de Milovan Djilas, *The New Class* (1957)\*. ¿Pero qué tipo de clase podía ser? De acuerdo con Olga Kryshtanovskaia, la destacada socióloga contemporánea rusa que ha estudiado a la elite, los escalones superiores en la URSS ascendían a entre 800 y 1.800 personas, pero si se incluye los diversos comités y subcomités del Partido a nivel de repúblicas, regiones y locales, el tamaño completo de la *nomenklatura* era de 400.000 personas<sup>17</sup>. Esta *nomenklatura* era, desde luego, sólo una fracción de una parte mucho más grande de miembros del Partido, que a mediados de los años sesenta alcanzaba los 12 millones, y a mediados de los 80 llegaba a 20. Estos miembros estaban a su vez sacados de toda la sociedad: en 1968, por ejemplo, el 39 por 100 de los miembros del PCUS eran trabajadores manuales, el 45 por 100 trabajadores no manuales y el 16 por 100 campesinos de granjas colectivas; en 1981, la participación de los trabajadores manuales había aumentado hasta el 44 por 100; la de los trabajadores no manuales bajaba del 44 por 100, y la de los campesinos de granjas colectivas había caído al 13 por 100<sup>18</sup>. Así, aunque la militancia del partido no reflejaba exactamente a la sociedad soviética en conjunto –los trabajadores no manuales estaban sobrerrepresentados y el campesinado subrepresentado–, tampoco era una cerrada organización elitista. Con todo el respeto por Djilas, la *nomenklatura* no era por lo tanto una casta dirigente aparte que flotaba por encima de la militancia del PCUS, ya que sus cuadros eran reclutados entre la base de masas del Partido.

En vez de ver al Partido como una «nueva clase» separada, puede tener más sentido desplegar otros conceptos. Nicos Poulantzas adelantó el término «categoría social» para describir «un conjunto de agentes» sacados de varias clases, «cuyo papel principal es su funcionamiento en el aparato del Estado y en la ideología» y pone como ejemplos a la burocracia administrativa y a la intelectualidad<sup>19</sup>. Estas categorías «no constituyen en sí mismas clases». Sin embargo, pueden «presentar una relativa autonomía con respecto a las clases a las que pertenecen sus miembros». En el caso del PCUS, el Partido como categoría social no sólo era capaz de obtener un grado de autonomía respecto a sus bases; su monopolio de la representación política le permitía prevenir la articulación de intereses al margen de los suyos. Con su combinación de heterogeneidad social y dominación de la esfera política, el Partido era en cierto sentido un poderoso anticuerpo contra la formulación de diferentes intereses de clase en la sociedad soviética.

\* Ed. cast.: *La nueva clase. Un análisis del régimen comunista*, Barcelona, Edhasa, 1957 [N. del T.].

<sup>17</sup> Olga Kryshtanovskaia, *Anatomiia rossiiskoi elity*, Moscú, 2004, p. 17.

<sup>18</sup> Las cifras son de D. Lane, *The End of Social Inequality?*, cit., p. 117.

<sup>19</sup> Nicos Poulantzas, «On Social Classes», NLR I/78 (marzo-abril de 1973), p. 40.

Pero aunque el PCUS como «categoría» extraía a sus miembros de varias clases, no lo hacía por igual. Si examinamos el grado de «saturación» del Partido a varios niveles de la escala organizativa, por ejemplo, vemos que a finales de la década de 1960, el 99 por 100 de los directores de empresas eran miembros del Partido, como lo eran el 51 por 100 de los subdirectores, el 38 por 100 de los capataces y supervisores subalternos, comparado con sólo el 18 por 100 de los trabajadores<sup>20</sup>. Las jerarquías en el terreno de la producción estaban así entrelazadas –reforzando y siendo reforzadas– con diferenciaciones enraizadas en la esfera política. Como hemos visto en las jerarquías de ingresos de la URSS, la cualificación, educación, etc., eran relativamente secundarias comparadas con los Estados occidentales. En ausencia de una clase poseedora que se distinguiría por su propiedad de los medios de producción, la proximidad al aparato del Partido-Estado se convirtió en un criterio clave de diferenciación. Varios grados de influencia política diferenciaron claramente entre sí a los ciudadanos soviéticos: la militancia o las conexiones con el Partido dieron forma a las posibilidades de vida de padres e hijos, dando a algunos de ellos acceso a bienes y oportunidades escasas así como ofreciéndoles una extensa red de privilegios formales e informales. Recurriendo a Bourdieu, podríamos denominarlo «capital político», poseído en diferentes cantidades por distintos grupos o actores sociales<sup>21</sup>. El prestigio relativamente mayor de los trabajadores manuales en la sociedad soviética era, en cierto sentido, una forma de capital político congelado, un legado de las preferencias ideológicas de la Revolución de Octubre. El capital político de la *nomenklatura*, en cambio, iba a resultar decisivo en el periodo postsoviético, en tanto que fundamento de una poderosa nueva ola de diferenciación social.

## II. CONSECUENCIAS

La novela de Tatiana Tolstaya, *The Slynx* (2000), se desarrolla en una Rusia postapocalíptica que de alguna manera ha regresado a la condición medieval, tras un desastre sin especificar conocido simplemente como La Explosión. La misteriosa catástrofe no solamente ha barrido prácticamente todas las huellas de la civilización anterior, sino que ha provocado extrañas mutaciones en todo el mundo que en la obra se conocen como las Consecuencias. No todas las Consecuencias son las mismas; una persona tiene branquias, otra tiene una cola, un tercero tiene la capacidad de respirar fuego; cada uno está solo en su deformidad o en su nueva capacidad. Esta es una poderosa metáfora de la experiencia postsoviética porque recoge el desconcierto y el trastorno mundo-histórico que siguió al colapso de la URSS: la proliferación de figuras poco familiares en el panorama social, desde millonarios a vagabundos, y la atomización de las identidades colectivas en des-

<sup>20</sup> Las cifras son de D. Lane, *The End of Social Inequality?*, cit., p. 118.

<sup>21</sup> Analizado en Pierre Bourdieu, «The “Soviet” Variant and Political Capital», en *Practical Reason*, Cambridge, 1998, p. 16 [ed. cast.: *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*, trad. de Thomas Kauf, Barcelona, Anagrama, 1997].

tinios individuales, dispares. Pero en un sentido fundamental la metáfora es equívoca: la nueva Rusia postsoviética no fue construida sobre una *tabula rasa*; surgió desde el caparazón de la URSS heredando muchas de las peculiaridades del orden precedente, transformándolas o exagerándolas en nuevas formas. Este prolongado reforjado de la sociedad rusa se puede dividir en tres fases, la primera desde 1991 hasta la crisis del rublo en 1998; la segunda desde 1998 hasta 2009; y la tercera cuando los efectos de la crisis económica y financiera global empezaron a sentirse en Rusia.

### *Nacimiento de una elite*

Dentro del tumulto de la década de 1990, se estaba produciendo un proceso sin ambigüedades de formación de clase, desde arriba hacia abajo. El principal mecanismo que la impulsaba fue el programa de privatización llevado a cabo por el gobierno de Yeltsin, bajo la tutela de funcionarios del FMI y consejeros estadounidenses, que efectuó una transferencia masiva de los activos del Estado hacia manos privadas. A partir de 1987, se había estado produciendo una privatización «latente» en la URSS, centrada en el reino de las finanzas y conducida por el ala joven del Partido, el Komsomol<sup>22</sup>. Pero las fortunas privadas que empezaron a ser amasadas durante la *perestroika* todavía dependían en gran medida de las conexiones políticas; una riqueza provisional otorgada por el Estado más que una forma de patrimonio que pudiera ser garantizada más allá de la duración de la vida del individuo. La transición al capitalismo ofreció a la elite soviética la oportunidad de convertir el poder en propiedad y así convertirse en una clase poseedora *bona fide*.

La aparición y consolidación de esta elite no se hubiera podido producir sin la decisiva intervención del Estado. El proyecto de Yeltsin de transformación capitalista se basaba inicialmente en una legislación aprobada por el Parlamento elegido; pero cuando el legislativo ofreció resistencia, Yeltsin sacó los tanques a la calle para resolver el punto muerto, bombardeando el Soviet Supremo hasta la rendición de este en octubre de 1993. Dos meses más tarde impuso una Constitución hiperpresidencialista aprobada en un referéndum marcado por el fraude electoral generalizado; los recientes esfuerzos de Rusia Unida son una nimiedad en comparación con este fraude que vulneraba toda la base jurídica del Estado ruso. Las normas constitucionales y democráticas eran evidentemente consideraciones secundarias para la administración de Yeltsin; la principal era la creación de un estrato de propietarios privados.

La etapa inicial de este proyecto fue el masivo impulso de privatización de diciembre de 1992 hasta junio de 1994, en el que unas 16.500 empresas, que empleaban a dos tercios de la fuerza de trabajo industrial, fueron liquidadas

---

<sup>22</sup> El proceso está descrito con detalle por O. Kryshantovskaia en el capítulo 5 de *Anatomiia rossiiskoi elity*, cit.

por medio de «subastas de vales». La mayoría de estas transferían nominalmente la mitad de la participación a los trabajadores, pero la posición dominante de los directores de las empresas significaba que, en la práctica, los vales «permitían a los directores de las fábricas privatizar sus empresas sin perder el control sobre ellas»<sup>23</sup>. En la agricultura, la oferta y la contratación fueron privatizadas, pero los directores de las granjas obstruyeron los planes de Yeltsin de total privatización de la tierra –anunciados tres semanas después del bombardeo del Parlamento–, ya que estos hubieran supuesto por lo general dividir grandes granjas en trozos más pequeños. Aunque alcanzado por medios opuestos, el resultado en la agricultura fue similar al de la industria; el control de la dirección se vio fortalecido, y se convirtió en una propiedad de la tierra *de facto* o incluso *de iure*. La privatización del sector del comercio al por menor también se produjo a un ritmo acelerado a partir de 1992, creando decenas de miles de propietarios de pequeños negocios; pero se movió más lentamente en la vivienda, ya que no era el centro federal sino los gobiernos o empresas regionales los que tenían los títulos de las viviendas. Aquí el ritmo dependía mayormente de la suerte de la industria local y de la configuración de la política local, y dejó el mercado inmobiliario, en conjunto, fragmentado y pobremente desarrollado durante muchos años.

A pesar de su aparente amplia escala, la ola de privatizaciones de 1992-1994 «permitió específicamente que la mayoría de la propiedad de valor del país fuera privatizada a través de canales que podían cerrarse a la mayoría de los rusos»<sup>24</sup>. Especialmente, las empresas anteriormente dirigidas por los Ministerios soviéticos de Petróleo y Energía –incluyendo gigantes como Gazprom– fueron liquidadas o convertidas en «empresas conjuntas» por decreto presidencial ya a mediados de 1992. Estas transacciones opacas hicieron la fortuna de un puñado de oligarcas en el sector de la energía, un grupo de magnates creado de hecho por decreto del Estado, lejos del control democrático. Algo similar se estaba produciendo, más desigualmente y a una escala menor, a nivel regional, cuando los gobernadores locales –nombrados por Yeltsin hasta las elecciones de 1996– dispusieron de los activos del Estado bajo su competencia. El panorama en los más de ochenta componentes federales de Rusia era extremadamente complejo, abarcando un abanico de escenarios desde la entusiasta reforma de libre mercado a la instalación del patrimonialismo personalizado. Pero también aquí hubo un proceso de creación de la elite desde arriba hacia abajo: «el gobernador de hecho “forma la elite” supervisando el proceso de privatización, sirviendo de comadrona para la creación de grupos financieros-industriales, seleccionando a los nuevos propietarios y gestores»<sup>25</sup>.

Entre 1994 y 1997 se sacaron a subasta nuevos activos federales; pero quizá las características dominantes de esta segunda etapa fueron una intensifica-

<sup>23</sup> Andrew Barnes, *Owning Russia: The Struggle Over Factories, Farms and Power*, Ithaca, Nueva York, 2006, p. 94; la breve exposición que sigue debe mucho a este lúcido trabajo.

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 84.

<sup>25</sup> Thomas Remington, *The Politics of Inequality in Russia*, Cambridge, 2011, p. 107.

ción de la lucha por activos ya privatizados, y la creación de empresas privadas por funcionarios del Estado en los terrenos donde tenían responsabilidades; *pod sebja*, «por uno mismo». A nivel regional, grupos industriales de segundo nivel con lazos estrechos con gobiernos locales —a menudo de tipo nepotista— empezaron a consolidarse en conglomerados. En el plano nacional, los oligarcas que habían surgido en los años precedentes ampliaron su alcance, especialmente a través de los infames acuerdos de «préstamos por acciones» de noviembre-diciembre de 1995, en los que el gobierno de Yeltsin celebró subastas manipuladas de acciones de diversas compañías petroleras y metalúrgicas: Yukos, Sibneft, Lukoil, Surgutneftegaz, Norilsk Nickel, Mechel. Estas compañías fueron adquiridas por una fracción de su valor por personajes como Vladímir Potanin, Borís Berezovski, Mijaíl Jodorkovski y Mijaíl Projorov; los dos primeros entraron en el gobierno después de que Yeltsin obtuviera la reelección en 1996, lo que sugiere que también el gobierno había sido parcialmente privatizado.

A mediados de la década de 1990, Rusia poseía claramente una elite marcada por fabulosos niveles de riqueza, que había adquirido no sólo valiosas secciones de la base industrial soviética, sino también activos en la banca, el transporte, la construcción, así como en el desarrollo de imperios de comunicación que apoyarían sus intereses en el terreno de la ideología. Los oligarcas más ricos de la era de Yeltsin eran relativamente heterogéneos en cuanto a sus orígenes sociales; hijos de ingenieros, académicos y profesores así como de funcionarios del Partido<sup>26</sup>. La mayoría de ellos no moscovitas, muchos sentaron las bases de sus fortunas por medio de las cooperativas formadas a finales de los años ochenta, mientras que otros utilizaron sus relaciones con el Komsomol. Mirando más allá de los oligarcas a la nueva clase de propietarios postsoviéticos como conjunto, sin embargo, las continuidades con la elite política y directiva de la era soviética eran muy fuertes, lo mismo que la de la clase política poscomunista, el grueso de la cual procedía de las filas del PCUS. Krysh-tanovskaia diferencia entre una elite política y lo que ella denomina una *biznes-elite*; en 2001, el 77 por 100 de la primera y el 41 por 100 de la segunda procedían de la *nomenklatura*<sup>27</sup>. Merece la pena señalar que estos dos grupos combinados son considerablemente más pequeños que la vieja *nomenklatura*. Krysh-tanovskaia contabiliza los escalones superiores del Partido y del Estado al final de la era soviética en 2.500 personas, mientras que la cohorte de Yeltsin en 1993 estaba formada por 778 personas; es decir, las filas de la elite política y económica, ya lejos de ser inclusivas, se estrecharon considerablemente a partir de 1991, mientras que sus ventajas materiales sobre el resto de la población crecieron vertiginosamente<sup>28</sup>.

<sup>26</sup> Los detalles biográficos se encuentran en Aleksei Mujin, *Oligarji*, Moscú, 2006.

<sup>27</sup> O. Krysh-tanovskaia, *Anatomiia rossijskoi elity*, cit., 318.

<sup>28</sup> *Ibid.*, p. 21, Tabla 3.

## *El centrifugado*

Junto a la creación de una nueva elite se desarrolló un proceso de pauperización de masas, como si la población del país estuviera siendo separada por centrifugado. El contexto en el que se llevó a cabo el programa de privatizaciones de Yeltsin fue de catástrofe económica y crisis social para la gran mayoría de la población: el PIB se contrajo el 34 por 100 desde 1991 a 1995 –un descenso mayor que durante la Gran Depresión en Estados Unidos– mientras que, en el mismo periodo, los niveles de los salarios reales cayeron más de la mitad y el empleo quedaba significativamente reducido, en muchos sectores hasta el 20 por 100. Las tasas de crímenes y asesinatos se doblaron a principios de los años noventa, y la salud pública se deterioró a una velocidad increíble: la expectativa de vida de los varones, por ejemplo, se acortó en cinco años entre 1991 y 1994<sup>29</sup>. El índice de pobreza, ya en ascenso cuando la URSS se acercaba al colapso, se disparó después de la liberalización de precios en enero de 1992: un estudio de la OIT de ese año afirmaba que el 85 por 100 de la población de Rusia se encontraba por debajo del umbral de pobreza. La respuesta a este problema no fue, por supuesto, cambiar las políticas responsables de ello, sino alterar la medida de la pobreza. Una vez que se confeccionó una nueva, el índice de pobreza se redujo inmediatamente hasta el 36 por 100<sup>30</sup>.

La profundidad de la crisis social se vio agravada por la disolución del sistema soviético de provisión. Algunos beneficios –vivienda, asistencia infantil– continuaron siendo proporcionados a través del centro de trabajo, aunque esto dependía enormemente de la suerte de la propia empresa y de las inclinaciones de los nuevos directivos y propietarios. Pero el gobierno central abdicó de hecho de sus responsabilidades sobre los sistemas de asistencia, educación y salud, delegando cada vez más su provisión a nivel local; a mediados de la década de 1990, «el 85 por 100 del gasto social salía de los presupuestos locales y regionales»<sup>31</sup>. El resultado fue consolidar y profundizar las disparidades existentes entre las regiones, añadiendo un marcado componente geográfico al proceso de separación socioeconómica de la población. Moscú y San Petersburgo, junto a regiones poseedoras de dotaciones de recursos o de acceso a los mercados de exportación, podían permitirse mantener una apariencia de provisión social que estaba más allá del alcance de las deprimidas regiones industriales de los límites pobres, étnicamente no rusos, del país; por ejemplo el norte del Cáucaso, o las repúblicas de Tuva y Burytaia en el borde sur de Siberia.

Con este telón de fondo de crisis social y acelerada diferenciación espacial surgieron rápidamente grandes desigualdades de ingresos. De acuerdo con datos del Banco Mundial, en 1988 Rusia tenía un coeficiente de Gini

<sup>29</sup> David Stuckler, Lawrence King, Martin McKee, «Mass privatization and the postcommunist mortality crisis: a cross-national analysis», *The Lancet*, 15 de enero de 2009.

<sup>30</sup> B. Silverman y M. Yanowitch, *New Rich, New Poor, New Russia*, cit., p. 46.

<sup>31</sup> T. Remington, *Politics of Inequality*, cit., p. 51.

Tabla 3. *Salarios medios mensuales por sector, 1991 y 1994\**

	1991	1994	Diferencial 1994-1991
Gas	206	448	242
Extracción de petróleo	202	262	60
Refinería	121	207	86
Banca	180	209	29
Educación	71	69	-2
Cultura y arte	67	62	-5
Industria	111	104	-7
Química y petroquímica	108	94	-14
Ciencia	94	78	-16
Agricultura	84	51	-33

\* Como porcentaje del salario medio de la economía en conjunto.

Fuente: B. Silverman y M. Yanowitch, *New Rich, New Poor, New Russia*, cit., pp. 88-89, Tabla 5.4, con datos del Goskomstat.

de 0,24 que la situaba en compañía de, por ejemplo, Suecia; en 1993, la cifra era de 0,48, a la par de Perú o Filipinas. Estas cifras son para ingresos oficialmente declarados, y por ello subestiman la realidad en cierta medida. La brecha salarial existente entre grupos socio-ocupacionales se amplió; en 1994, los altos directivos ganaban de media cinco veces más que los trabajadores urbanos cualificados, y diez veces más que los trabajadores rurales no cualificados. Esta dispersión socio-ocupacional, sin embargo, deja de lado la espectacular diferenciación que se producía «no entre, sino dentro de las ocupaciones», de acuerdo con el sector económico<sup>32</sup>. En relación con el salario medio en la economía en conjunto, los trabajadores de los sectores del petróleo y del gas tuvieron significativas ganancias entre 1991 y 1994, mientras los de la agricultura, educación, cultura, y por encima de todo la ciencia salieron perdiendo. (Véase Tabla 3).

El proceso de «transición» también amplificó los desequilibrios de género existentes, en parte porque los sectores y estratos ocupacionales dominados por la mujer estaban entre los más afectados por los recortes de empleo, la caída de los salarios reales o graves impagos de salarios. Además, mientras las mujeres habían estado subrepresentadas en los escalones superiores de la dirección del Partido y de la industria, la eliminación de las cuotas de la era soviética redujo marcadamente su presencia; desde el 30 al 8 por 100, por ejemplo en el caso del aparato legislativo<sup>33</sup>. El nuevo

<sup>32</sup> B. Silverman y M. Yanowitch, *New Rich, New Poor, New Russia*, cit., p. 92, Tabla 5.5; Simon Clarke, «Market and Institutional Determinants of Wage Differentiation in Russia», *Industrial and Labor Relations Review* 55, 4 (julio de 2002), pp. 628-648.

<sup>33</sup> O. Kryshantovskaia, *Anatomiia rossiiskoi elity*, cit., 339. Desde entonces, Kryshantovskaia ha mejorado el balance de género de la elite política uniéndose a Rusia Unida en 2009.



mundo de *biznes* era incluso más declaradamente masculino que la *no-menklatura* soviética. Pero incluso más llamativo era la retirada en masa de las mujeres rusas de la fuerza de trabajo: dos millones de mujeres dejaron sus empleos entre 1991 y 1995, lo que representa aproximadamente el 50 por 100 del trabajo «suprimido» en este corto periodo. Aunque algunas eligieron el retiro, en conjunto la elección no fue libre, sino más bien «un reflejo del descenso de oportunidades económicas y de la asistencia para la infancia disponible»<sup>34</sup>. Además muchas mujeres, que ya soportaban el peso principal del hogar, se vieron empujadas ahora a convertirse en el principal sostén de la familia incorporándose al pequeño comercio.

Realmente, los pequeños comerciantes estaban entre las más visibles de las nuevas categorías sociales que surgieron en la década de 1990. Se produjo una repentina proliferación de vendedores callejeros, desde puestos en las aceras a pensionistas aguantando temperaturas bajo cero para vender cigarrillos o sus medallas de veteranos; aparecieron comerciantes-transportistas o *chelnoki*, que viajaban largas distancias para comprar bienes y revenderlos localmente. El pequeño comercio fue una fuente de ingresos vital para mucha gente, no sólo debido a la propagación del desempleo, sino también a que muchos no cobraban en su trabajo «principal» ya que el gobierno de Yeltsin ponía en práctica una política monetaria restrictiva, decretada por el FMI, que hundió la economía monetaria. En otoño de 1996, de acuerdo con una evaluación, a más del 60 por 100 de los empleados se les debían los salarios; con atrasos que algunas veces llegaban a los seis meses, mucha gente se vio obligada a mantener dos o más «trabajos»<sup>35</sup>. Sin embargo, la mayoría de estos «segundos» trabajos no proporcionaban suficientes ingresos o seguridad como para abandonar el primer empleo; por ello muchas de las nuevas categorías se solapaban con otras ya existentes.

Sin embargo, una categoría que se estaba desmarcando claramente de las anteriores era la de los «desposeídos», que incluía a desempleados, refugiados étnicos rusos de otras repúblicas ex soviéticas, soldados desmovilizados, discapacitados y sin techo, entre otros<sup>36</sup>. Los pensionistas fueron quizá los más visibles, y lastimeros, entre los nuevos pobres en Rusia; veteranos de guerra y de la industria, reducidos a la penuria por la combinación de unos precios desbocados y un ajustado gasto del Estado producido por la «terapia de shock». A finales de 1992, el 40 por 100 de los pensionistas estaba recibiendo pagos mensuales inferiores a la mitad del nivel de subsistencia declarado<sup>37</sup>. Además de las diferenciaciones señaladas anteriormente, se estaba produciendo un fraccionamiento cronológico de la población, ya que las generaciones mayores fueron descartadas por los

<sup>34</sup> B. Silverman y M. Yanowitch, *New Rich, New Poor, New Russia*, cit., p. 74.

<sup>35</sup> Russian Longitudinal Monitoring Survey; comparar con T. Remington, *Politics of Inequality*, cit., p. 58.

<sup>36</sup> Véase Caroline Humphrey, *The Unmaking of Soviet Life*, Ithaca, Nueva York, 2002, capítulo 2.

<sup>37</sup> T. Remington, *Politics of Inequality*, cit., p. 47.

nuevos dirigentes del país. Resulta difícil no sentir el escalofrío que emana de las palabras de Borís Nemtsov, entonces viceprimer ministro, cuando afirmaba en la primavera de 1997 que «Rusia debe entrar en el siglo XXI solamente con gente joven»<sup>38</sup>.

La creación de nuevos grupos sociales se desarrolló en paralelo a un proceso general de «destrucción» del mundo soviético. Esto se aplicó especialmente a la fuerza de trabajo industrial que experimentó una versión acelerada de la desindustrialización que se ha tragado zonas industriales de gran parte del globo. La variante soviética de este proceso se distinguió no sólo por su velocidad, sino por el carácter específico del sistema soviético en el que, como se señaló anteriormente, la empresa era la «unidad primaria» de la sociedad. La pérdida del trabajo, por ello, no sólo suponía la pérdida de ingresos, sino también de toda la red de conexiones que unían a la gente con su comunidad y que aseguraban la vivienda y el acceso a los servicios sociales.

La inactividad de la fuerza de trabajo rusa ha confundido durante mucho tiempo a los observadores exteriores: ¿por qué esta relativa pasividad de unos trabajadores que, poco tiempo antes –especialmente los mineros en 1989-1990–, habían desempeñado un papel tan activo y destacado?<sup>39</sup>. La disolución de las bases materiales de su existencia colectiva desempeñó claramente un papel decisivo; el desempleo y la atrofia de la industria deshicieron la red de las viejas relaciones de producción. La desorientación mundo-histórica ocasionada por el colapso soviético fue sin duda otro factor decisivo: la desintegración de un Estado que representaba, aunque fuera nominalmente, los intereses de los trabajadores en contra de los del capital global, sería un duro golpe a la autoconfianza de la clase en su conjunto.

Otra respuesta menos inmediatamente aparente se puede encontrar en el modelo específico de integración del trabajo en el sistema soviético; la estructura celular, paternalista, centrada alrededor de la empresa. En medio de las turbulencias de la reforma del mercado, los trabajadores y directivos hicieron causa común para conservar las empresas y, por consiguiente, para mantener la producción. Los sindicatos, que en general continuaron operando como bajo el sistema soviético –centrándose en el desarrollo fluido de la producción más que en representar a los trabajadores *per se*–, desempeñaron un papel clave, ya que retuvieron un gran control sobre el acceso a la vivienda, al cuidado de los niños y a otros beneficios. La mayoría de los trabajadores no podían renunciar a estos elementos esenciales y por ello estaban dispuestos a aceptar una reducción de horas de trabajo o de salarios si con ello conservaban su lugar en

<sup>38</sup> *Izvestiia*, 23 de abril de 1997, citado en Peter Reddaway y Dmitri Glinski, *The Tragedy of Russia's Reforms*, Washington, 2001, p. 632.

<sup>39</sup> Dos trabajos sobresalientes sobre la suerte del trabajo en la Rusia postsoviética son los de Karine Clément, *Les ouvriers russes dans la tourmente du marché*, París, 2000, y el de Sarah Ashwin, *Russian Workers: The Anatomy of Patience*, Manchester, 1999.

el colectivo laboral. Más que despedirles, muchas empresas mantenían a los trabajadores en nómina, a tiempo parcial o simplemente de manera nominal. El resultado fue que los índices de desempleo en Rusia en la década de 1990, aunque elevados en comparación con el pasado, eran bajos comparados con otros países del Este: el 9 por 100 en 1995 contra el 15 por 100 en Polonia o el 17 por 100 en Lituania. El desempleo, las formas ocultas de desempleo y los modelos de trabajo dual señalados anteriormente se generalizaron, y la protesta se acalló por imperativos de supervivencia.

Si el fin del comunismo sirvió para atomizar y desmoralizar a la clase obrera rusa, su impacto sobre la intelectualidad fue igualmente profundo. El grueso de la elite intelectual y artística del país había sido destacada defensora primero de la *perestroika* de Gorbachov, que presagiaba una liberación del peso muerto de la ortodoxia del PCUS, después de la terapia de shock de Yeltsin –incluyendo su asalto al parlamento en 1993– como pasos necesarios en el camino hacia la «democracia» y la «civilización»<sup>40</sup>. Estos compromisos aseguraban a Yeltsin un grado de apoyo en llamativa discrepancia con la dura experiencia que la década de 1990 supuso para la intelectualidad en conjunto, la cual, definida más ampliamente para incluir el enorme aparato técnico y científico soviético, sufrió una espectacular forma de *déclassement* bajo la nueva administración capitalista. Los propósitos estratégicos-militares que apuntalaban a muchos institutos y programas científicos se evaporaron con el final de la Guerra Fría, y la financiación básica en todos los campos se agotó, desapareciendo por completo en muchos casos. Miles de académicos y de técnicos se vieron arrojados al desempleo, o bien continuaron trabajando sobre recursos mínimos o inexistentes, madrugando como taxistas o comerciantes-viajeros para llegar a fin de mes.

El desplome a partir de 1991 fue en ese sentido especialmente acusado para esta capa, tanto objetiva como subjetivamente: después de haber contribuido a convertir un imperio agrario en una superpotencia mundial –que incluía un arsenal nuclear, programa espacial, avances en la astrofísica y la cibernética– se encontraron a sí mismos parados entre sus ruinas. La esfera cultural a menudo es capaz de funcionar con medios escasos y renacer con rapidez tras una crisis, como prueba el dinamismo de la literatura y el arte rusos de la década de 1920. Sin embargo, la experiencia de la década de 1990 mostraba que los fundamentos científicos y técnicos contruidos durante generaciones también pueden ser borrados a una velocidad espectacular. Por ello, las pérdidas rusas en este campo parecen, por el momento, irrecuperables a pesar de la mejoría económica que llegó con el cambio de siglo.

---

<sup>40</sup> Dos días después del asalto, cuarenta y dos escritores firmaron una carta abierta exigiendo que el gobierno tomara nuevas «medidas decisivas», incluyendo la prohibición de partidos comunistas y nacionalistas y el cierre de sus periódicos: *Izvestiia*, 5 de octubre de 1993. Agradezco a Irina Sandomirskaja que me informara sobre este documento.

## III. ¿ESTABILIZACIÓN?

La crisis del rublo de 1998 fue un importante punto de inflexión en la trayectoria de la Rusia postsoviética. De ningún modo detuvo la producción de desigualdades. Pero sí cambió el centro de gravedad de la economía, trasladándolo del sector financiero, que había alimentado la fuga de capitales y avivado las presiones sobre los tipos de cambio en el periodo previo a la crisis, a la base de extracción de recursos e industrial del país. La producción interior recibió un fuerte incentivo de la cuádruple devaluación del rublo; también la agricultura empezó a experimentar algún tipo de recuperación, después de que una oleada de importaciones en la década de 1990 hubiera hecho que gran parte de ella no fuera rentable. Por ello la crisis sentó las bases para el boom económico que siguió a la fuerte subida de los precios del petróleo en 2000. Estas prometedoras condiciones, en las que los ingresos de la mayoría de los rusos crecieron notablemente, proporcionaron una duradera base popular para el programa de Vladímir Putin de recentralización neoautoritaria. Después de la agitación de la década de 1990, Rusia parecía haber entrado en una fase de estabilidad. Quizá es indicativo que en 2003 una conferencia de sociología anual que se celebraba desde 1994 con el título «¿A dónde va Rusia?» cambiara su nombre por el de «¿A dónde ha llegado Rusia?».

Hay un elevado grado de verdad en esta visión: en 2004, el PIB de Rusia finalmente sobrepasó su nivel de 1991, y en ese momento el país había recuperado claramente algo del terreno perdido en otros varios indicadores; sanidad, crimen, expectativas de vida, etc.<sup>41</sup>. El ritmo al que avanzaba la desigualdad también pareció descender: mientras que en 1996 el coeficiente de Gini era del 0,48, en 1999 había caído al 0,37 y en 2002 al 0,36. Sin embargo, el coeficiente empezó a subir de nuevo a partir de entonces, llegando al 0,44 en 2007. De nuevo, hay que recalcar que estas cifras cubren solamente los ingresos declarados, no la riqueza ni las ganancias de capital, y por ello subestiman considerablemente las desigualdades reales que imperan en Rusia. La participación en los ingresos del decil inferior permanecía en la miseria: aumentó de un 1,5 por 100 en 1993 a un 2,4 por 100 en 1999, alcanzando su cima en el 2,7 en 2002, para caer de nuevo al 2,2 en 2007. Había un perceptible declive en el índice oficial de pobreza, del 29 por 100 en 2000 al 15 por 100 en 2006; pero incluso entonces, eso significaba que oficialmente 21 millones de rusos estaban viviendo en la pobreza, y la cifra real era probablemente significativamente más elevada que esta<sup>42</sup>.

<sup>41</sup> Para una visión sistemática, véase Vladímir Popov, «Russia Redux», *NLR* 44 (marzo-abril de 2007) [ed. cast.: «¿Rusia Redux?», *NLR* 44 (mayo-junio de 2007)].

<sup>42</sup> Las cifras de ingresos y desigualdad proceden de la base de datos del Banco Mundial; las cifras de pobreza, de la página web de Rosstat.

Por ello, la estabilización observada a partir de 1998 no trajo ningún reequilibrio de la sociedad rusa. Más bien, se puede describir mejor como una consolidación, una solidificación de la formación que había surgido en la tumultuosa fase precedente, conservando y en muchos casos profundizando las disparidades que ya estaban presentes. Esto fue especialmente evidente respecto a la desigual geografía del país, a medida que el aumento de los precios de los recursos naturales alimentó un boom en algunas zonas mientras que otras continuaban estancadas. El geógrafo Vladímir Kaganskii se ha referido al papel desempeñado por el complejo industrial-militar a la hora de articular los espacios de la Unión Soviética; mientras que la Rusia postsoviética, según él, está unida por los oleoductos y la infraestructura del «complejo de la energía-petróleo»<sup>43</sup>. Pero en cualquier caso, lo contrario parece ser igualmente verdad: la desigual distribución de las rentas de los hidrocarburos ha propulsado a determinadas partes de Rusia –por encima de todo Moscú y las zonas petrolíferas de Siberia occidental– a una hipermodernidad, mientras que grandes franjas del país no solamente están excluidas de la circulación de los bienes y del dinero, sino que todavía carecen de acceso al agua potable y al suministro de gas. En 2002, por ejemplo, 30 millones de una población total de Siberia de 32 millones no tenían suministro de gas, que desde luego se estaba exportando a Occidente en grandes cantidades<sup>44</sup>. Gran parte del país permanece aparentemente atascado en una situación de infraestructuras premoderna, mientras la capital y otras pocas ciudades navegan por el hiperespacio del internet inalámbrico al son de los Mercedes y BMW.

El ensanchamiento de las disparidades geográficas coincidió con una continua diferenciación sectorial de la población por ingresos. La Tabla 4, muestra los salarios medios por sector en la economía, e indica que la agricultura, el sector textil y la educación cayeron muy por detrás de la media en la que habían estado a principios de la década de 1990, mientras que la banca, el petróleo y el gas permanecían muy por encima de ella. Estas son cifras medias para cada sector; dentro de cada uno de ellos, se estaba produciendo una diferenciación cada vez mayor de acuerdo con la jerarquía del empleo. La Tabla 5 muestra salarios según categorías ocupacionales que se corresponden de cerca con las utilizadas en la Tabla 1 para las empresas de fabricación de maquinaria de Leningrado. Mientras que en la década de 1960 los directivos ganaban solamente 1,7 veces lo que ganaban los trabajadores no cualificados, en 2007 ese porcentaje había aumentado hasta el 3,9. Obsérvese también que muchas de estas categorías de trabajadores no ganaban un poco menos que la media, sino significativamente menos: la mitad, en el caso de los trabajadores no cualificados. Las estadísticas oficiales no recogen el considerable número de trabajadores emigrantes no documentados, principalmente de Asia central, que

<sup>43</sup> Vladímir Kaganskii, «Preodolenie sovetskogo prostranstva», 2004, disponible en la página web de Polit.ru.

<sup>44</sup> Véase Leslie Dienes, «Reflections on a Geographic Dichotomy: Archipelago Russia», *Eurasian Geography and Economics* 43, 6 (2002), p. 447.

Tabla 4. *Salarios mensuales medios por sector, 2006\**

	%
Banca	262
Petróleo y extracción de gas	260
Bienes raíces	120
Producción metalúrgica	113
Químico	109
Construcción	102
Sanidad y servicios sociales	76
Educación	66
Textiles	47
Agricultura	48

\* Porcentaje del salario medio para la economía en conjunto.

Fuente: Rosstat, *Rossiiskii statisticheskiy ezhegodnik 2007*.

formaban un grupo muy grande de trabajo sin cualificar: miles de tayikos, uzbekos, kirguises y otros trabajaban en la construcción o limpiaban las calles de las ciudades rusas por salarios ínfimos, o incluso sin ningún pago en absoluto, ya que los capataces a menudo avisaban a los funcionarios de emigración para asegurarse que los trabajadores eran expulsados una vez que se finalizaban los proyectos.

Junto a esta creciente segmentación étnica de la fuerza de trabajo, la sima entre los ingresos de hombres y mujeres se mantuvo o incluso se amplió. En 2009, las mujeres trabajadoras no cualificadas en conjunto ganaban solamente el 58 por 100 del salario de un hombre, y en algunos sectores las mujeres sin cualificación ganaban mucho menos que eso; el 34 por 100 en la educación, el 41 por 100 en la asistencia sanitaria; aunque los trabajadores no cualificados en estos sectores también estuvieran mal pagados. Las mayores diferencias entre los ingresos de hombres y mujeres están en el extremo superior de la jerarquía ocupacional: mientras que los directivos masculinos de media ganaban el 220 por 100 del salario medio, las mujeres directivas ganaban el 150 por 100; una brecha del 70 por 100<sup>45</sup>. De nuevo, los diferenciales salariales socio-ocupacionales estaban todavía más acentuados por las variaciones sectoriales.

Las cifras citadas para los ingresos de los directivos son medias que apenas reflejan las sumas embolsadas por el extremo superior de esta capa: en 2010, los miembros del consejo directivo de Gazprombank ganaron 2,9 millones de dólares de media, y los de Sberbank, 2,4; entre 400 y 325 veces el salario medio nacional respectivamente<sup>46</sup>. Los procesos de superenriquecimiento de la elite que marcaron la década de 1990 continuaron sin

<sup>45</sup> Datos de Rosstat.

<sup>46</sup> Andrei Sjolín, Marina Zateichuk, Aleksandra Ivaniushkina, «Zarplaty gosudarstvennyj top-menedzherov», Slon.ru, 22 de septiembre de 2011.

Tabla 5. Salarios medios por categoría ocupacional, 2007\*

	%
Directivos	176
Especialistas muy cualificados	109
Especialistas con cualificación media	84
Trabajadores administrativos cualificados	65
Trabajadores en servicios, vivienda, comercio	65
Trabajadores cualificados en la industria, construcción, transporte, comunicaciones, geología	107
Trabajadores cualificados en maquinaria	109
Trabajadores no cualificados	46

\* Porcentaje del salario medio para la economía en conjunto.

Fuente: base de datos de Rosstat.

disminuir en absoluto en la década siguiente. Realmente a finales de la década, de acuerdo con la lista de millonarios de Forbes, el país había producido un centenar de millonarios, y Moscú tenía más que cualquier otra ciudad en el mundo. El aspecto de esta elite había cambiado algo desde el apogeo de los oligarcas, muchos de los cuales habían sido llamados al orden o echados del país por Putin a partir de 2000. El sector financiero, estrepitosamente dañado por la crisis del rublo, perdió terreno frente a los recursos mineros, especialmente con los aumentos de los precios globales de las materias primas espoleados por el auge de China. Personajes como Berezovskii y el banquero Vladímir Gusinski desaparecieron de la escena, reemplazados por otros similares, como el magnate del aluminio Oleg Deripaska; Aleksei Mordashov, propietario de la metalúrgica Severstal; y Alisher Usmanov, propietario de compañías del acero y de telecomunicaciones, así como del periódico de negocios *Kommersant*<sup>47</sup>.

En paralelo a esta recomposición de la elite vino una reconfiguración de las relaciones entre el Estado y los negocios. El repunte económico a partir de 1998 ha sentado la base para una recuperación de la capacidad del Estado, que a partir de 2000 permitía a un ejecutivo mucho más fortalecido forjar un consenso con la elite sobre sus propios términos. Las filas del *biznes* y de las elites políticas estaban cada vez más entrelazadas, a nivel nacional y regional, en un acuerdo que subrayaba la estabilidad política de los dos primeros mandatos de Putin. La guerra en Chechenia y el poner freno a los poderes de los gobernadores regionales fueron expresiones territoriales de este proyecto de restaurar el «poder vertical». En otras esfe-

<sup>47</sup> El reclutamiento de oligarcas de Putin, más numerosos que la cohorte de Yeltsin, se diferenciaba de ella en sus orígenes sociales así como en la base sectorial: los directivos de la era soviética y los miembros del *komsomol* tenían una presencia mayor que antes, y venían de una mayor variedad de regiones. Véase A. Mujin, *Oligarji*, cit., y A. Mujin (ed.), *Federalnaia i regionalnaia elita Rossii 2005-2006*, Moscú, 2006.

ras, el regreso de la autoridad del Estado significaba una reanudación y ampliación del programa de Yeltsin de liberalización; por ejemplo en la reforma fiscal de 2000, que impuso un muy retrógrado impuesto único sobre la renta del 13 por 100, y bajó la «tasa social» sobre los empresarios. Estas ayudas a los negocios se complementaron con movimientos para liberalizar el mercado del trabajo –en 2001 se había adoptado un nuevo Código Laboral– y más tarde con reformas en los servicios de vivienda y el sistema de beneficios en especie (*l'goty*). Estas últimas medidas, adoptadas a principios de 2005, provocaron una resistencia generalizada por parte de pensionistas, antiguo personal militar y otros, que se manifestaron en docenas de ciudades para protestar por la monetización del transporte, de las medicinas y de otros beneficios. La sorprendente magnitud y alcance geográfico de las movilizaciones llevó al gobierno a aumentar la compensación ofrecida. Aunque las protestas se apagaron, esta fue la primera vez desde la década de 1990 en que el descontento popular se había volcado en la calles en forma colectiva a gran escala; una primera señal de la posible renovación del potencial de protesta de la sociedad rusa.

### *¿Media o mayoría?*

El periodo de «estabilización» a partir de 2000 trajo un recurrente énfasis sobre la aparición de una «clase media» que se consideraba tanto el producto inevitable de mejores tiempos económicos como un criterio fiable del progreso hacia las normas del mundo capitalista avanzado. Los periodistas occidentales notaron la propagación de restaurantes japoneses y almacenes de productos para el hogar, y contaban el número de coches de importación aparcados al pie de los edificios de apartamentos de Moscú, señales de existencia de una clase que formaría los cimientos de la democracia liberal. Más recientemente, como se ha señalado anteriormente, esta clase media emergente ha sido saludada como la fuerza animadora de las manifestaciones contra Putin. ¿Pero hay una realidad sociológica detrás de estos espejismos ideológicos? La evidencia empírica es como mínimo desconcertante. Un cierto número de sociólogos rusos ha buscado calcular el tamaño de la clase media de acuerdo con una variedad de medidas superpuestas: ingresos y bienestar material; niveles de educación y estatus ocupacional; y el criterio puramente subjetivo de la autoidentificación. Los resultados varían extraordinariamente. Tatiana Maleva calcula que el tamaño de la clase media es del 21 por 100 si consideramos el bienestar material; 40 por 100 de acuerdo con la autoidentificación; 22 por 100 por nivel educativo; pero solamente el 7 por 100 si consideramos los tres criterios a la vez<sup>48</sup>. Natalia Tijonova utiliza criterios similares y los combina para llegar a una clase media que forma el 20 por 100 de la población. Olesia Yudina da cifras del 29 por 100 de acuerdo con criterios ocupacionales y educativos, del 29 por 100 por la calidad de la vivienda, 80 por 100 por autoidentificación, pero solamente

<sup>48</sup> Tatiana Maleva, «Sotsialnaia politika i sotsialnye straty v sovremennoi Rossii», en *Kuda prishla Rossiia?*, Moscú, 2003, pp. 102-113.



el 9 por 100 si se aplican los tres criterios a la vez. Liudmila Jajulina encuentra de forma similar que el 80 por 100 de la población se considera a sí misma de la clase media<sup>49</sup>.

Por ello, dependiendo del criterio, Rusia tiene una clase media que oscila entre el 7 y el 80 por 100 de la población. ¿Qué está pasando? Aquí parecen actuar diversos factores. En primer lugar está el propio concepto de «clase media». En *Keywords*, Raymond Williams señaló una diferenciación entre las nociones de clase como rango social y como expresión de una relación económica; la «clase media» se refería originalmente a una posición dentro de la jerarquía social de la Gran Bretaña preindustrial, mientras que el concepto de «clase obrera» surgió durante la Revolución Industrial para describir a aquellos que vivían de su trabajo<sup>50</sup>. Esta distinción a menudo ha quedado desdibujada, pero arroja luz sobre la disminución de la identificación de clase en las décadas recientes; la principal forma de identificación que ha estado disminuyendo es la de clase trabajadora, a medida que las relaciones económicas que la marcaron del resto de la sociedad se han disuelto o reconfigurado. Los mismos procesos han estado operando en Rusia, y su impacto ha sido muy grande porque la industria era una parte muy dominante de la economía soviética. La degradación material de la clase obrera ha ido acompañado por un asalto ideológico que ha traído lo que Karine Clément ha llamado una «desubjetivación» de los trabajadores, quienes han internalizado el oprobio acumulado por un sistema que tanto había promocionado la imagen del trabajador<sup>51</sup>.

En estas circunstancias muchos han buscado identificarse a sí mismos con lo que, de acuerdo con la nueva ideología, es claramente la «clase dirigente». Es digno de señalar que muchas definiciones hacen relativamente fácil el «unirse» a la clase media: la compañía aseguradora estatal Rosgosstraj, la ha definido como la clase que forman aquellos que pueden comprarse su propio coche<sup>52</sup>. Esto nos lleva a una segunda consideración: la naturaleza del consumo ruso. Una visita a las *spalnye raiony* –las «ciudades dormitorio» o suburbios– de cualquier núcleo importante mostrará que el consumo aquí se centra a menudo en productos llamativos como coches o teléfonos más que, por ejemplo, en un apartamento mejor. Esto viene parcialmente dictado por la degradación general del stock de viviendas y por la relativa escasez de financiación hipotecaria que pone a los nuevos apartamentos fuera del alcance de la mayoría. Pero también está relacionado con una necesidad de demostrar el ser miembro de una comunidad de consumo. Realmente para muchos es el propio consumo el que parece definir la pertenencia a la clase media en la Rusia actual. Regresando a la distinción de Williams, podemos decir que «clase media» denota un amplio

<sup>49</sup> Estoy en deuda con la perspectiva general de Thomas Remington sobre esta bibliografía en «The Russian Middle Class as Policy Objective», *Post-Soviet Affairs* 27, 2 (2011), pp. 98-99.

<sup>50</sup> Raymond Williams, *Keywords*, Londres, 1983, ed. rev., pp. 60-69.

<sup>51</sup> Véase K. Clément, *Les ouvriers russes*, cit., pp. 120-122.

<sup>52</sup> Citado en T. Remington, «Russian Middle Class», cit., p. 98.

estrato de consumidores dentro de la jerarquía socioeconómica del país, más que cualquier identidad de clase real.

También hay que tener presente un tercer factor. Junto a las nuevas categorías y distinciones sociales que han surgido en Rusia, también han sobrevivido remanentes del anterior orden social. Esto es cierto tanto en el terreno de la conciencia como en el de la realidad material: los pensionistas que portan retratos de Stalin coexisten con quinceañeros que blanden iPhones; más allá de los rascacielos y las boutiques de diseño de Moscú se encuentra un terreno sembrado de empresas industriales soviéticas. Esto es lo que podría denominarse «desarrollo social combinado y desigual»: la coexistencia e interpenetración de diferentes sistemas socioeconómicos, y por ello de múltiples esquemas de identidad social y formas de experiencia vivida. Uno de los efectos de este solapamiento de dos órdenes sociales puede haber sido aumentar el tamaño de la potencial «clase media», por medio de permitir a sectores enteros de la sociedad rusa que interpreten su posición dentro del nuevo sistema capitalista de acuerdo con las categorías del sistema soviético. Los trabajadores cualificados, por ejemplo, estarían localizados en algún lugar en medio del estatus jerárquico soviético; pero en la nueva jerarquía establecida a partir de 1991, el estatus del trabajador manual está cada vez más degradado (con excepciones sectoriales en el petróleo y el gas). Sin embargo, los persistentes residuos del marco social soviético, y la persistencia en muchas zonas de sus realidades físicas, han oscurecido parcialmente estos cambios de posición, permitiendo a muchos continuar percibiéndose a sí mismos de acuerdo con el viejo esquema. En otras palabras, verse a sí mismos como «clase media» cuando son, de hecho, parte de la mayoría excluida de esa «clase» según la mayoría de las medidas empíricas.

Este solapamiento de estructuras sociales está entre las claves que explican por qué la Rusia postsoviética ha sido relativamente tan estable. El cierre del sistema político y la necesidad de mucha gente de centrarse en la simple supervivencia fueron evidentemente decisivos, como lo fue la inactividad de conjunto de una atomizada fuerza de trabajo industrial. Pero, junto a estos factores, también hay que sopesar la coexistencia de las dos estructuras sociales, la cual ha servido para mitigar la fuerza de lo que, de otra manera, hubiera sido un proceso todavía más traumático en el que una, simplemente, desplaza a la otra. En este sentido, necesitamos invertir los argumentos que hacen a menudo los liberales del libre mercado de que la «transición» rusa ha sido dificultada por reliquias del pasado soviético<sup>53</sup>. Por el contrario, fueron las formas residuales de la URSS las que permitieron a sus sucesoras capitalistas consolidar su dominio, proporcionándolas un inestimable «subsidio» social. En su primera y segunda presidencia, Putin se benefició de una larga duración de los precios altos del petróleo. También tuvo suerte en un sentido histórico más profundo, al tomar el timón en un contexto de dramática polarización, pero fue la

<sup>53</sup> Véase por ejemplo Anders Åslund, *How Capitalism Was Built*, Cambridge, 2007.

coexistencia de las viejas y nuevas estructuras sociales lo que permitió que algunas de las consecuencias de esta polarización se nublaran. ¿Hasta cuándo durará esta suerte mundo-histórica?

#### IV. TERCERA FASE

Una nueva fase del desarrollo social ruso posterior a 1991 comenzó con la crisis económica global que nubló el escenario justo cuando el presidente Medvedev, el sucesor que Putin había elegido, tomó posesión de su cargo. Como en Occidente, el shock inicial se produjo en el terreno de las finanzas con el comienzo del colapso del crédito, el *credit crunch*: en seis meses a partir de octubre de 2008, el mercado ruso de valores RTS perdió tres cuartas partes de su capitalización, que alcanzaba los 1,4 trillones de dólares<sup>54</sup>. Las restringidas condiciones del crédito y la exprimida contabilidad fueron agravadas por la depresión de la demanda global que produjo serias caídas de la producción, especialmente en la metalurgia y la manufactura; esta última sufrió una caída del 25 por 100 entre el invierno y la primavera de 2009. La fabricación de automóviles estuvo entre las más afectadas: la producción cayó un 60 por 100 en 2009<sup>55</sup>. Ya que los hidrocarburos pueden representar hasta el 30 por 100 del PIB del país, no sorprende que el vertiginoso descenso de los precios del petróleo –desde 130 dólares el barril en julio de 2008 hasta 40 dólares en diciembre– también tuviera un grave impacto. En conjunto, Rusia experimentó la contracción más considerable del G20, pasando de un índice de crecimiento del 8 por 100 en 2008 a una contracción del 8 por 100 en 2009.

Este drástico empeoramiento trajo una oleada de cierres de empresas y de desempleo que alcanzó el 10 por 100 en abril de 2009, el mismo índice que después del crack del rublo en 1998. Pero también supuso el regreso de fenómenos de la crisis de la década de 1990: el trueque, los pagos en dinero negro, la reducción de jornada y los permisos no pagados, así como el impago de los salarios; en mayo de 2009 alrededor del 38 por 100 de la población estaba afectada por atrasos salariales. En el primer cuatrimestre de 2009, el 17 por 100 de la población tenía ingresos por debajo del nivel oficial de subsistencia, un aumento del 25 por 100 sobre el año anterior. La pobreza se concentraba principalmente en las ciudades pequeñas y en las zonas rurales: de acuerdo con cifras oficiales, en 2010 estas últimas representaban el 40 por 100 de los que vivían por debajo del nivel de subsistencia, mientras que el 25 por 100 vivía en poblaciones de menos de 50.000 habitantes<sup>56</sup>.

La respuesta del gobierno supuso algunos aumentos del gasto social, de las pensiones y de los beneficios del desempleo. También hubo, notable-

<sup>54</sup> «Russian stocks shed over \$1 trillion in crisis», Reuters, 13 de noviembre de 2008.

<sup>55</sup> Sobre el impacto inicial de la recesión, véase T. Remington, *Politics of Inequality*, cit., pp. 206-212.

<sup>56</sup> Cifras de T. Remington, *Politics of Inequality*, cit., pp. 207-28; y de la página web del Rosstat.

mente, un aumento salarial del 30 por 100 para los empleados del gobierno o de compañías afiliadas al Estado; conocidos coloquialmente como *biudzbetniki*, constituían ahora alrededor del 25 por 100 de la fuerza laboral; un considerable grupo de seguidores a los que la administración de Medvedev estaba deseosa de aislar de lo peor de la crisis. El grueso de los esfuerzos del gobierno, sin embargo, se dirigió a facilitar el cuidado de los negocios: 200.000 millones de dólares se utilizaron para rescatar bancos y destacadas empresas rusas, especialmente las que eran propiedad de favorecidos oligarcas cuyos créditos en divisas habían sido reclamados. Mientras tanto, hasta la tercera parte de las reservas de divisas rusas era utilizada para defender el valor del rublo. En total, el Kremlin se gastó el equivalente del 13 por 100 de PIB apuntalando la economía; en proporción, un rescate que doblaba el de Obama<sup>57</sup>.

A finales de 2008 y principios de 2009, hubo manifestaciones contra el manejo que hacía el gobierno de la crisis; a pequeña escala, de corta duración y geográficamente dispersas, pero notables por la dureza novedosa de su crítica a Putin y Medvedev. También hubo acciones salvajes: en la primavera de 2009, la población de Pikavelo, en la región de Leningrado, bloqueó la autopista entre San Petersburgo y Moscú para protestar contra el impago de salarios en la planta de aluminio; Putin intervino personalmente para obligar a su propietario, el oligarca Deripaska, a pagar los atrasos. En otros lugares, el cierre de empresas también supondría la muerte de ciudades enteras: Rusia cuenta con más de 400 «monociudades» en las que una sola empresa representa directa o indirectamente la mayor parte del empleo. La mayor es Togliatti, con una población de 700.000 personas, donde el gobierno actuó con rapidez para rescatar de la recesión a la automovilista Avtovaz en marzo de 2009; muchas otras monociudades no han recibido semejante ayuda, y avanzan renqueando con los medios que pueden. Como en la década de 1990, tanto el gobierno como las empresas han buscado minimizar el desempleo abierto, para evitar una crisis económica todavía mayor.

En este contexto de propagación de las privaciones y de continuo estancamiento el país entró en su último ciclo electoral. El descontento con la corrupción de Rusia Unida, apodado el «Partido de los sinvergüenzas y bandidos», salió a la luz en medio de una creciente desilusión con el sistema reinante desatada por la recesión económica. También había frustración en algunos sectores ante la evidente incapacidad del régimen para llevar a cabo alguna clase de «modernización»; una serie de necesidades básicas que se convirtió en el vacío eslogan de Medvedev, él mismo un presidente simbólico. El anuncio de Putin de que se presentaría de nuevo en 2012 prometía en el mejor de los casos una década de estancamiento, una perspectiva que fue suficiente como para galvanizar un amplio abanico de grupos y corrientes de opinión.

---

<sup>57</sup> Padma Desai, «Russia's Financial Crisis», *Columbia Journal of International Affairs* 63, 2 (primavera-verano de 2010).

«Ni siquiera nos podéis imaginar»

Las manifestaciones que siguieron a las elecciones a la Duma en diciembre de 2011 fueron sorprendentes por su tamaño, extensión geográfica y amplitud ideológica. Si su desencadenante inmediato –las violaciones electorales– trajeron ecos de las revoluciones de «colores» en Georgia, Ucrania y Kirguizistán en 2003-2005, su carácter inclusivo y el estilo de organización tenía precedentes más cercanos en los movimientos de ocupación y en las protestas de los «indignados» en Europa. Una pancarta de los anarquistas en San Petersburgo parecía resumir el tono irónico de las protestas, así como la discrepancia entre el régimen y la sociedad que gobierna: *Vy nas dazbe ne predstavliaete*, que significa a la vez, «No nos representáis» y «Ni siquiera nos podéis imaginar».

Pero más allá de la diversidad ideológica, ¿cuál ha sido la composición social de los manifestantes? A pesar de un sentido general de la heterogeneidad social, el principal peso de los movimientos parece haber sido urbano, educado y liberal en términos generales. Un estudio del *miting* de la avenida Sajarov el 24 de diciembre, por ejemplo, mostraba que el 62 por 100 tenía educación superior, el 46 por 100 definió su ocupación como «especialista», y el 31 por 100 describió su afiliación política como liberal<sup>58</sup>. Este perfil es comparable al de la intelectualidad de la era de la *perestroika*; realmente los que asistieron a las recientes manifestaciones pueden ser la continuación de esa cohorte tanto como sus sucesores: el 45 por 100 de los encuestados en la concentración tenían más de cuarenta años. Las circunstancias personales de los manifestantes, también, reflejaban la reducción a largo plazo de medios de esta capa: el 21 por 100 dijo que podían permitirse lo esencial, pero no artículos más caros como un televisor o un frigorífico; el 40 por 100 dijo que no se podía permitir un coche; lo que, de acuerdo con uno de los criterios señalados anteriormente, les excluía de la «clase media» a la que tantos analistas occidentales vieron como la principal base del movimiento.

Sin embargo, las movilizaciones opositoras hasta ahora no parecen haber tenido una amplia base de masas. Las contramanifestaciones organizadas por el Kremlin en apoyo de su candidato –especialmente una reunión de masas el 23 de febrero en el estadio Luzhniki de Moscú– bien pudieron estar facilitadas por amenazas o pagos a los asistentes; pero la distinción sociológica entre los que se reunían aquí y las concentraciones anti-Putin es inconfundible. Un relato describía a una «gris e irritable multitud» formada por «obreros con chaquetas de cuero con caras simples, rojizas, y mujeres con abrigos de piel baratos»; ya fueran empleados de las empresas estatales o «pobres *biudzbetniki*», representaban ese «grupo de gente oprimido, despojado de su dignidad, al que se solía llamar la “clase obrera”»<sup>59</sup>. Por muy atractivo que pueda ser en abstracto el eslogan de la oposición de «elecciones limpias», la creciente vulnerabilidad de estos grupos sociales durante la crisis –y su recuerdo de los

<sup>58</sup> «Opros na prospekte Sajarova 24 dekabria», Levada Tsentr, 26 de diciembre de 2011.

<sup>59</sup> Ilya Budraitskis, «Chelovek iz “Luzhnikov”», OpenSpace.ru, 24 de febrero de 2012.

sufrimientos que les trajo la turbulencia de la década de 1990– pueden haber hecho que la certidumbre aparentemente ofrecida por Putin sea preferible a cualquier agitación.

Una razón más por la que la oposición fue incapaz de atraer un apoyo de masas más amplio ha sido el hecho de que no podía ofrecer un programa alternativo positivo, solamente la esperanzada negación de una «Rusia sin Putin». En términos políticos concretos, el objetivo inmediato todavía era más modesto: impedir que Putin obtuviera la mayoría en la primera vuelta. De acuerdo con los resultados oficiales, el único lugar donde esto sucedió fue en Moscú, donde alcanzó el 47 por 100. Aun concediendo un considerable margen de fraude, todavía se hubiera asegurado un regreso al Kremlin en una hipotética segunda vuelta. La oposición, que tan recientemente empezó a unirse, se ha encontrado así con una resonante derrota. Con Putin reinstalado como presidente para los próximos seis años por lo menos –y con las estructuras políticas existentes aparentemente impermeables a las demandas–, surge inevitablemente el tema de hacia dónde debe apuntar la oposición.

Hasta ahora el énfasis de las movilizaciones ha recaído abrumadoramente sobre la forma política del régimen y sobre el propio Putin como su representante. La crítica de su esencia social –desigualdades de vértigo, profunda privación y explotación, creciente degradación de los servicios públicos– ha sido mucho menos importante, lo que es seguramente una de las razones de la incapacidad del movimiento, hasta ahora, para obtener mayor resonancia. Un camino potencial para adquirirla sería que la oposición anti-Putin conectara sus demandas formales sobre el proceso democrático con las injusticias construidas en el panorama social más amplio. A la vista de la composición sociológica de las protestas hasta la fecha, esto parece una perspectiva dudosa. Sin embargo, es en este terreno donde se puede desarrollar la lucha por el futuro de Rusia: las actuales condiciones de crisis es probable que traigan una nueva propagación del desempleo, e incluso desigualdades todavía mayores, espoleando el descontento en diversos sectores sociales y áreas geográficas. En medio de una ralentización económica global, en la que la reducción de los ingresos del petróleo y el anterior gasto en medidas anticrisis han aumentado las tensiones sobre el presupuesto del gobierno, los dirigentes rusos se enfrentarán a un amplio abanico de problemas sociales que el sistema, en su actual encarnación, no está construido para afrontar y mucho menos para resolver.

El segundo mandato de Putin empieza en circunstancias muy diferentes –políticas, económicas, históricas– a las de su primer mandato. La buena suerte que supusieron el elevado precio de las materias primas y el repunte posterior a 1998 se ha evaporado, y el sistema de «democracia gestionada» que preside Putin parece cada vez más inadecuado para las tareas de gobernar un país tan vasto y diverso, con unos problemas no menos vastos y diversos. El régimen ha sobrevivido a su susto más reciente, y puede que escape de otros. Pero hay un resultado que no será capaz de evadir, y que puede suponer un peligro mayor para él a largo plazo. El paralelismo de las estructuras sociales, señalado anteriormente, que ha garantizado la relativa estabilidad de las Rusia post-

soviética, no puede mantenerse indefinidamente. El «subsidio» que, para el presente, supone el pasado soviético depende de la presencia continua de gente que recuerde a la URSS, y que todavía pueda, en alguna medida, habitar en sus realidades. A medida que pasen los años, su número menguará hasta que ya no puedan proporcionar la base social para la estabilidad; y a medida que su peso dentro de la población decline, aumentará el protagonismo de aquellos cuyas vidas han sido modeladas por el nuevo orden capitalista.

Esto es, por supuesto, exactamente lo que los reformadores liberales de la década de 1990 deseaban: una cohorte de «nuevos rusos» no contaminada por lo soviético, enteramente socializada dentro del mercado. Pero podría haber una ironía histórica acechando aquí: a medida que la conciencia social de la era comunista se desvanece, las siguientes generaciones pueden buscar otras formas de lo común enraizadas en su experiencia del capitalismo contemporáneo. El mismo éxito de la implantación del mercado, de hecho, proporcionará la base para nuevas formas de desafío colectivo. En 2005 empezaron a surgir, en varios terrenos, señales de esto, a medida que muchos rusos buscaban resistir el dominio del mercado y la depredación ecológica: ha habido luchas locales por la vivienda y los servicios comunales en la estela de la liberalización de 2005; acciones sobre temas medioambientales, incluyendo intentos por bloquear una autopista por el bosque de Jimki, a las afueras de Moscú, en 2010; y nuevas formas de activismo laboral, con la propagación de sindicatos independientes en empresas de automoción de propiedad extranjera desde mediados de la década de 2000<sup>60</sup>. Quizá sea dentro de este abigarrado y plural terreno donde se encuentren, finalmente, las posibilidades para otra secuencia de transformación histórica en Rusia.

---

<sup>60</sup> Algunas de estas luchas están detalladas en Karine Clément, Olga Miriasova y Andrei Demidov, *Ot obyvatelei k aktivistam*, Moscú, 2010, capítulo 3.